

Hay una orden de santas mujeres que siempre me infundió respeto. Léanse mis horribles folletos y mis malos periódicos; en ninguno de ellos se encontrará un solo ataque contra las hermanas de San Vicente de Paul. ¿Por qué me obligó la virtud de las hermanas de la Caridad á tan íntima admiracion? Lo ignoro, no me lo explico, puesto que entónces me hallaba en completa aberracion de conciencia. Lo cierto es que esta admiracion me dominó y fué más fuerte que todos mis vergonzosos instintos de libre-pensador furibundo.

¡Que mi sincera conversion á la verdad me valga para reconquistar la estimacion de las gentes honradas!

¡Y que no se tenga compasion de mí! Que nadie se figure que esta pública confesion me ha sido costosa!

No, al contrario, me siento aliviado de una carga pesadísima, desde que he escrito estas líneas.

Me siento feliz por haber roto mis cadenas, y compadezco á mis antiguos cómplices de infamia, aquellos desgraciados, que arrastran todavía el grillete de sus imposturas y no tienen valor para libertarse de él.

IX.

LA PROPAGANDA DEL MAL.

ORGANIZACION DE LA PROPAGANDA.—LA LANTERNE.—LA PEQUEÑA REPÚBLICA FRANCESA.—DOS VERDUGOS DE NIÑOS.—LOS OBREROS DEL MAL.—LOS DESENFRAILADOS.—LOS BURLONES.—LOS EXALTADOS.—ABNEGACION.—EL COLEGIO ANTI-CLERICAL DE MONTREUIL-SOUS-BOIS.

Puesto que he sido uno de los más ardientes en la difusion del mal, tengo el deber de dar á conocer la organizacion de su propaganda.

Desde el principio de mi campaña contra la religion, comprendí que era indispensable hacer circular mis escritos en los pueblos y aldeas.

Para poner mi proyecto en ejecucion, resolví servirme de los corresponsales de los periódicos de más circulacion en Paris y en provincias, dándoles un fuerte interés en la empresa.

Fuí á ver desde luego al director de *La Lanterne*, M. Eugenio Mayer, y le hice la siguiente proposición:

Tienen vds. en provincias trescientos ó cuatrocientos corresponsales á quienes mandan los periódicos en grandes cantidades. En virtud de las tarifas de los caminos de hierro, tienen vds. derecho á un número fijo de kilogramos en cada emisión, número que raras veces completan. Pues bien, tengo folletos que los corresponsales de vds. podrian tomar en comision, ¿por qué no habian de servir para completar el peso de los paquetes de periódicos? De esta manera pueden enviarlos á los corresponsales. Estos devolverán del mismo modo los que no vendieren. Esta combinación sería muy ventajosa para ambos, puesto que se suprimen los gastos de franqueo.

M. Mayer aceptó, y desde entónces envió á sus corresponsales no solamente el periódico, si no tambien los folletos de la Biblioteca Anticlerical. La Libreria de la calle de las Escuelas le entregó, volúmenes, entregas, publicaciones que editaba, y los paquetes de *La Lanterne* se trasformaron pronto en verdaderas valijas.

De esta suerte, la administracion del periódico se convirtió en comisionista para la venta de libros.

A fin de comprender bien las ventajas de la combinacion, bueno será poner al lector al corriente de ciertos detalles del oficio de librero en las provincias.

El pequeño librero de provincias rara vez se dirige directamente á los libreros de la capital. La razon es muy óbvia: en general, los editores conceden á los vendedores de segundo orden un descuento bastante pequeño, el 30 por ciento, muchas el 25 ó 20 solamente, considerando que la importancia de descuento está en relacion con la importancia del pedido. Como que la venta de cada uno de los clientes, en particular, es sumamente modesta, resulta que si los vendedores se dirigiesen directamente al editor, los gastos de franqueo absorberian todo el beneficio.

Tienen, pues, que hacer los diversos pedidos á un comisionista de París, el que en la casa de los diferentes editores compra los volúmenes pedidos por su cliente y se los manda en paquetes, lo cual reduce los gastos de porte á una cantidad insignificante.

Por otra parte, en virtud de que el comisionista compra en casa del mismo editor para todos los clientes de provincias á la vez, y de que las compras de este género se hacen al contado, obtiene una rebaja mucho más considerable que la que hubiese obtenido cada cliente en particular.

Librero de provincias y comisionista de París, son dos hombres indispensables el uno para el otro.

Los dos obtienen beneficio de esta especie de alianza.

Había yo estudiado muy bien el asunto y mi combinacion perfeccionaba más aún el sistema de la comision ordinaria; pues suprimía completamente los gastos de trasporte.

Además, esto ofrecía ventajas considerables á los pequeños librerros de los departamentos: 1.º teniendo cuentas con el periódico, no tenían que pagar ántes los volúmenes y folletos; 2.º no exponían nada, puesto que el periódico, depósito central de las publicaciones del editor, aceptaba la devolucion de las obras no vendidas, salvo el caso de remitir las libres de gastos á otros librerros.

Con este procedimiento de venta al por mayor, nadie perdía y cada cual lograba ganancia.

Los más insignificantes tenderos de aldea, papeleros, estanqueros, etc., que hasta entonces tenían el periódico en calidad de suplentes, improvisábanse vendedores de folletos, volúmenes y entregas ilustradas, como los librerros de la Capital. La ausencia de pérdidas y el acrecentamiento de ganancias, apegábales más y más á los periódicos que tan lucrativo les hacían el oficio.

Por su parte subía el periódico, merced el celo siempre creciente de sus corresponsales y el mismo hacía gran recoleccion de billetes de banco. Al efecto la rebaja concedida por la Librería Anti-clerical á *La Lanterne*, por la venta general á sus corresponsales, era de una importancia hasta entonces desconocida entre los editores: 40 por 100.

Finalmente, el editor hacía una remision de publicaciones, que hubiera sido diez veces menor sin esta combinacion. *La Lanterne*, órgano liberal no fué el único periódico republicano que juzgó ingenioso el sistema, y extendió con profusion mis obras y las de mis cómplices. *La Petite République Française*, órgano oportunista, imitó su ejemplo y, á su vez, quedó satisfecha de los resultados pecuniarios de la operacion.

En el terreno irreligioso, intransigentes y moderados siempre están de acuerdo.

Además, ¿por qué no he de decirlo? el lado de la especulacion tenía sus encantos para *La Lanterne* y *la Petite République*.

Son incalculables los beneficios que la Librería Anti-clerical les hizo.

La Lanterne ganó en aquel negocio de 3,000 á 4,000 pesetas al mes, sin contar las ganancias particulares de sus vendedores corresponsales. *La*

Petite Republique ganó, poco más ó ménos, lo mismo.

Por otra parte, la misma combinacion fué adoptada por los periódicos republicanos más extendidos en las provincias. Los católicos se han preguntado muchas veces, como es que las publicaciones de la librería de la calle de las Escuelas penetraban hasta en las más oscuras aldeas. Hoy les revelo el secreto de aquella propaganda sin precedente.

Un periódico que se publicaba en una ciudad de 50,000 habitantes, ganaba con aquellas impiedades, de 30,000 á 35,000 pesetas anuales.

Los periódicos de las grandes ciudades alcanzaban ganancias prodigiosas con la Librería Anti-clerical.

Por eso, cuando la noticia de mi conversion, estallando como el rayo, dió un golpe mortal á la casa editorial, las maldiciones de la prensa republicana de Paris y de provincias formaron un concierto tan unánime como ruidoso. Había yomatado la gallina de los huevos de oro. Los crímenes de esta naturaleza no se perdonan jamás.

Entre los periódicos que me atacaron, se distinguió *La Lanterne* por su encarnizamiento y violencia. Su extremada cólera estaba en relacion exacta con el dinero que yo habia hecho entrar en su caja.

Por lo que toca á la *Petite Republique*, su director M. de Roussen no olvidó dar orden á sus criados de pluma para que me arrastrasen algun tanto por el cieno. Esas gentes no tienen á lo ménos la gratitud del porta monedas.

Tan mezquino rencor dió buen resultado á M. de Roussen. Había comprado la isla de Porque-rolles, y una parte de las ganancias adquiridas sirvió probablemente para esta adquisicion. Uno de sus colaboradores, M. Quentin, hoy director de la *Asistencia Pública*, le consiguió numerosos niños abandonados para la colonizacion de su isla. M. de Roussen hizo de la colonia un verdadero presidio, donde se aplicaba la tortura á aquellas pobres criaturas, indignamente explotadas, hasta tal punto, que la justicia tuvo que intervenir y arrancar las interesantes víctimas á sus odiosos verdugos.

¿Quién lo creyera? La directora de aquel infierno era una mujer, Madame Lapeyrère. Esta señora, autora de algunas novelas anti-clericales, publicadas con el nombre de *Pierre Nidous* simpatizó con el director de la *Petite Republique*, quien se mostró galante con ella y la encargó de escribir algunos folletines.

Separóse de su marido y se convirtió en Señora de Roussen, á la moda republicana. Es una pareja delicada que ha cometido los crímenes

más vergonzosos y que toda la prensa, sin distincion de partido, ha reprobado llamándoles: "Los escándalos de Porquerolles."

Madame Lapeyrère,—ó Mme. de Roussen,—como se quiera llamarla, decía, hace ya algun tiempo, que para estar segura de escribir novelas interesantes, tenia cuidado de estudiar el asunto en la vida real. En virtud de este principio, se puede creer, que si ha ayudado á M. de Roussen en su obra de tortura en Porquerolles, será porque tenia intencion de escribir una nueva novela. Su titulo está indicado de antemano: *Los Verdugos de los Niños*.

No quiero insistir sobre esta parte material de propaganda impía. Sin embargo, era preciso presentar algunos guarismos y dar ciertos detalles. Sería muy de desear que la prensa católica se organizase lo mismo para la propaganda del bien. Hoy en el campo libre-pensador es general la organizacion que he dado á conocer. Pero, ¡ay! está escrito, que los hijos de las tinieblas son más hábiles que los hijos de la luz.

¡Ah! ¡quién sacudirá la apatia de los católicos! Si el pueblo se haya saturado de malsanas publicaciones, es porque los corruptores saben desplegar admirable actividad en todas sus empresas. Los católicos descansan demasiado sobre la bon-

dad de su causa. Olvidan el antiguo proverbio: "Ayúdate que yo te ayudaré."

Terminaré con algunas palabras acerca de los obreros de la impiedad.

Pueden dividirse en tres clases: los sacerdotes apóstatas, desasonados por los remordimientos de su apostasia; los burlones escépticos, para quienes la blasfemia es una diversion, y viven inventando los más inverosímiles cuentos; los exaltados que se llenan la cabeza de viento y acaban por creer de buena fé las invenciones de su propia imaginacion.

Los *desenfrailados*, llámase así á los sacerdotes apóstatas, en el mundo republicano,—se distinguen por cierto ardor sistemático; están por decirlo así, decididos á hacer profesion de violencia. Quien quiera que los visite comprende al momento sus luchas interiores. Yo he conocido algunos de estos extraviados del sacerdocio. Hesi-do el confidente de sus sufrimientos y sus amarguras. Hay que tenerles compasion grandísima. Los fieles, instintivamente los rechazan, y los impíos no los aceptan.

Son los más desgraciados entre los hombres. Si en vez de ser el último de los pecadores fuese yo un Vicente de Paul, crearia una institucion con el fin de facilitar la vuelta al redil á esos infortunados culpables. La empresa sería más fá-

cil de lo que se cree ordinariamente; es imposible figurarse lo que los desenfrailados sufren en medio de su extraviada existencia. Estoy persuadido de que si se estudiase la cuestion seriamente, se les atraería casi á todos. Además no son muy numerosos.

Los burlones se cuentan á centenares. Nuestro siglo está roído por la lepra del escepticismo. Se miente por gusto y á esto se llama: *ser divertido y gracioso*.

Burlándose del público, para quien escriben, era como mis colaboradores urdían aquellas mentiras sin pudor, intituladas: *El Secreto de Tropmann*. *Marat ó los Héros de la Revolución*. *Los Amores Secretos de Pio IX*. *Historia escandalosa de los Orleans*, etc.

¿Qué vamos á contar al pueblo bonachon en nuestra próxima entrega? preguntábanse todos los días.

Y entónces se imaginaban las más extraordinarias aventuras.

“El secreto de Tropmann consistía en que el mismo Napoleon III había cooperado al asesinato de la familia Kinck en el campo de Langlois (Pantin). El crimen envolvía terribles misterios políticos, y Tropmann ajusticiado en la apariencia, no había sido guillotinado.

Todas estas ideas estúpidas eran acogidas con

grandes carcajadas, en el momento en que se trataba de burlarse del sencillo lector.

Yo he asistido al nacimiento de “novelas históricas,” cuyos autores no podían tenerse de risa cuando estaban escribiendo el borrador.

Cuando se trazó el plan de *Marat ó los Héros de la revolución*, desafiarnos, mis colaboradores y yo á la credulidad pública. Llegamos hasta presentar á Marat como el padre de Théroigne de Méricourt.

La Historia escandalosa de los Orleans, en la que yo no me mezclé, aunque seguí todos los incidentes de su fabricacion, es el colmo de la burla extravagante.

La primera idea de esta lucubracion ultra-imaginaria es de uno de mis amigos de aquel tiempo, hoy diputado de Paris. El principal redactor fué un poetastro callejero, de moda en los teatros de Boulevard.

Literalmente reventábamos de risa cuando inventábamos alguna bufa extravagancia y nos preguntábamos, como podría el público tomarla por lo serio.

De esta manera cargamos á la familia de Orleans de los crímenes más atroces, con gran alegría de los autores, quienes comentando el entusiasmo del público por su obra, se decían riendo: ¡Vamos! ¡la humana necedad no tiene límites!

Pero al lado de estos artistas de la mentira hay, —permítaseme unir dos palabras que protestarán de verse juntas,—hay, digo, *los embusteros sinceros*.

Sí, yo he conocido algunos de esos típicos autores que acaban por convencerse de la verdad de sus propias invenciones. Estos son exaltados en grado superlativo. Con admirable seriedad afirman las cosas más absurdas, cosas que jamás han existido más que en sus cerebros; pero las creen verdaderas, y de muy buena fé.

Estos exaltados merecen ser clasificados aparte. En general son hombres que han sufrido en los combates de la vida; en ellos hay algo de demencia. Algunos los creen perversos; no es así, son los mejores hombres del mundo, de bondad excesiva en sus relaciones privadas, sensibles al menor favor y á la más pequeña muestra de amistad.

Uno de esos extraviados de la política escribía entregas para la Librería Anti-Clerical. Había representado un papel en la *Commune*, sus opiniones violentas tuvieron como causa principal la miseria; pero de extrema probidad, no fué de aquellos á quienes la insurrección dió una fortuna. Siempre ha sido pobre.

Venia á verme á la calle de las Escuelas y me entregaba sus manuscritos.

Cierto día, en una de sus "novelas históricas," figuraba el príncipe Napoleon Bonaparte, algún tiempo ántes del golpe de Estado. Representaba al Presidente conspirando contra la República y pasando alegre vida.

Un episodio de la narración estaba concebido en los siguientes términos:

—“Y en aquella tarde, el príncipe Presidente, para dar una tregua á los cuidados de la política, fué á cenar en casa de Celina Montalaud.”

—¿Está V. seguro de lo que dice? pregunté al autor.

—Perfectamente.

Sin embargo, me parece que en 1851 Celina Montalaud era demasiado jóven para recibir en su casa á Luis Napoleon.

Abrimos el *Diccionario de Contemporáneos*. Celina Montalaud figuraba en él con la fecha de nacimiento: Agosto de 1843. Tenia, pues, en 1851 ocho años.

Sin pestañear, mi hombre tomó una pluma, borró en su manuscrito el nombre de la actriz y lo sustituyó con el de otra que tenia diez años más de edad: Susana Lagier.

Algunos días despues, pregunté riéndome al autor: Qué tal, ¿Susana Lagier continúa en vuestra novela comiendo con el príncipe Napoleon Bonaparte?

Me miró con extrañeza.

“Y me dijo esto con cierto estilo chocarrero: ¿Dudais acaso de las íntimas relaciones que existieron entre Susana Lagier y el príncipe, en la época del golpe de Estado? ¡Pero amigo mío, si no hay nada más auténtico! Esto es público; y por lo que á mi se refiere, estoy segurísimo de ello.”

Yo no insistí. Mi hombre se había identificado con su invencion, y estaba íntimamente convencido de su verdad.

Sin embargo, será conveniente decir que los temperamentos de esta especie son muy raros.

Mis colaboradores eran, en su mayoría, profundos escépticos. La propaganda del mal no es para todos los que á ella se dedican, un asunto de especulación. Por mi parte, diré que si he combatido á la Religion, ha sido siempre con el mayor desinterés.

Las sociedades del libre-pensamiento saben que jamás tenía un céntimo de las sumas recaudadas en mis conferencias; mientras que la mayor parte de nuestros oradores anti-clericales hacen dinero con su elocuencia.

Muchas veces, por perorar en provecho de una obra impia, he ido á ciudades distantes de Paris de quinientos á ochocientos kilómetros, sin hacerme pagar los gastos del viaje.

Esta manera de obrar contribuyó mucho á crearme bastantes enemigos entre las gentes en-

copetadas del partido libre-pensador. Por eso repetían en todas partes que yo no tenía mérito alguno en obrar de aquel modo, porque ganaba mucho y tenía de 25 á 30,000 pesetas de renta.

Nada hay más falso que semejante presunción. Jamás poseí un céntimo. Las ganancias de la Librería Anti-Clerical—bastante considerables, en verdad—se acumularon en los almacenes en forma de libros, clichés, etc. El dinero líquido no sirvió más que para enriquecer á los que hoy gritan tanto contra mí; la caja de la casa editorial estuvo siempre á disposicion de las obras de propaganda, y algunos que hoy me injurian, ántes vivieron con el dinero de mi propio bolsillo.

Por ejemplo: un periódico, que debiera tener el pudor de no insultarme, es *La France*. Cuando su director, M. Camilo Farey, presentó su candidatura liberal en el V distrito, la Librería de la calle de las Escuelas contribuyó á los gastos de las elecciones con dos mil pesetas, poco más ó menos. El secretario de la redaccion aprovechó la oportunidad para sacarme 600 pesetas que aun me debe. Esto se sabe en *La France*, y este periódico es uno de los que constantemente me arrastran por el cieno.

Y este ejemplo no es el único. Forman una legión aquellos que entre los *politiqueros* del partido republicano, fueron favorecidos por mí.

Me repugna entrar en semejantes explicaciones; y no obstante, es preciso que las cosas se sepan, no por mí que estoy avergonzado de ellas al mismo tiempo que arrepentido, sino para que se conozca á mis detractores. Sin embargo, no tengo pretension de ser el único desinteresado en la lucha emprendida contra la Religión.

Hoy que mis ojos se han abierto, tengo la obligacion de decir á los católicos: "Si muchos os combaten por interés personal, hay algunos que son anti-clericales abnegados. Es preciso rogar mucho por esos extraviados á quienes ningun instinto de interés les mueve."

Jesucristo nos manda amar á nuestros enemigos. Pues bien, estos son los primeros á quienes debemos amar.

Nadie hay en Francia que no haya oído hablar del colegio de Montreuil-sous-Bois, á las puertas de Paris, donde se enseña el ateísmo á los niños.

Van á asombrarse mis lectores cuando les diga, que la directora de aquel establecimiento es la abnegacion personificada. Conozco pocas personas que tengan tan buen corazon. Es ceguedad por lo que esta señora se entrega á la propaganda anti-religiosa. Si Dios le concediese la gracia de iluminarla, marcharia al par de nuestras admirables Hermanas de la Caridad. Es una ver-

dadera desgracia que persona de iguales prendas emplee sus talentos en una obra impía en extremo.

La recomiendo, con instancia, á las oraciones de las almas fervorosas.

Luchemos contra el mal, más orando con ardor por nuestros adversarios. Á fuerza de oraciones triunfaremos de la propaganda anti-clerical; y nuestras súplicas harán descender del cielo la luz de la verdad sobre nuestros enemigos.